

Telémaco de Fénelon, en la traducción de Mariano Antonio Collado (1832)

Juan F. García Bascuñana

Les aventures de Télémaque es sin duda alguna la obra más conocida de Fénelon (1651-1715). Se publicó por primera vez en 1699, aparentemente sin el consentimiento de su autor. Pocas obras se han traducido tantas veces y en tan diferentes lugares. De ahí que nos interroguemos a menudo por las causas de esa «popularidad», aunque más bien habría que hablar de su influencia en determinados ambientes y entre ciertas elites, debido a las particularidades de la difusión de la cultura en los siglos XVIII y XIX. En cuanto a atribuir su éxito exclusivamente a la utilización de ese libro para el estudio del francés, tampoco resulta suficiente aunque ello tuviera mucho que ver en su difusión. En cualquier caso se trataría de preguntarse por la verdadera significación del *Telémaco*, situándolo en su contexto histórico y cultural, así como en el conjunto de la obra de Fénelon. Es un libro que se integra en la tradición de los «Espejos de Príncipes», un tipo de obras que ofrecen al futuro monarca las lecciones necesarias para su formación y para el aprendizaje de su «oficio». Y que, por otra parte, se sitúa armoniosamente en la producción literaria del autor y en cierto modo la completa, ya que todas las facetas destacables de Fénelon están incluidas en el *Telémaco*, de forma más o menos explícita. En primer lugar la de pedagogo por supuesto, pero también las de político y humanista, sin dejar de lado esa espiritualidad tan propia del obispo de Cambrai. Y serán precisamente aspectos ligados a la espiritualidad y a la pedagogía los que sobresaldrán entre los trabajos de Fénelon antes y después de la publicación de *Les aventures de Télémaque*; unos escritos que, aunque parezcan encontrarse lejos de este libro, de algún modo lo preparan o lo prolongan. Es el caso de obras como los *Dialogues sur l'éloquence* (hacia 1684), *Traité de l'éducation des filles* (1687), *Réfutation du système du père Malebranche* (1688), *Explication des maximes des saints* (1697) –en donde expone su posición favorable a la doctrina quietista–, los *Dialogues des morts* (1700, publicados en 1712), las *Fables* en prosa (1701).

¿Pero cuál es el verdadero significado del *Télémaque* en el conjunto de la obra de Fénelon? Es bien conocida la génesis del libro: en 1694, como instrumento en el que apoyarse para la educación del duque de Borgoña, futuro heredero de la corona (que moriría, sin llegar a reinar, en 1712), y de sus hermanos Philippe, duque de Anjou (que reinaría más tarde en España como Felipe V) y Charles, duque de Berry, de los que era preceptor Fénelon, se le ocurre a éste la idea de elaborar una gran novela pedagógica. Y

se pone a redactar *Les aventures de Télémaque*, «narración fabulosa en forma de poema heroico», según sus propias palabras. Nos encontramos así ante una novela de aprendizaje, a través de un largo recorrido iniciático por la cultura antigua, utilizando para tal fin un relato de viajes en el que su protagonista, el hijo de Ulises, tendrá como guía nada menos que a la propia diosa Minerva, bajo los rasgos de su maestro Mentor, figura del pedagogo que encarna la razón y los valores formativos considerados más positivos, y entre ellos, sobre todo, la sabiduría. El paralelismo entre el príncipe heredero y Telémaco, así como entre Mentor y Fénelon es más que evidente. De ahí que muchas de las ideas expuestas y las críticas más o menos veladas a la monarquía de Luis XIV no pasaran desapercibidas e hicieran caer en desgracia a su autor, lo que le acarrearía el alejamiento de la Corte y la confinación hasta el fin de su vida en el obispado de Cambrai, en donde proseguiría con su reflexión teológica, política y estética (*Lettre à l'Académie*, 1714).

La traducción de *Les aventures de Télémaque* es una de esas obras que tuvo el privilegio de ser traducida constantemente a las lenguas más diversas, desde casi el mismo momento de su aparición en 1699. Se trata de un libro al que se le han atribuido a menudo significaciones y objetivos muy dispares, aunque con frecuencia se haya tenido especialmente en cuenta su valor como instrumento pedagógico y didáctico para el aprendizaje del francés. En 1700, un año después de su publicación en París, aparecen las primeras traducciones del *Télémaque* al inglés, al neerlandés y al alemán, y poco después, en 1704, se publicará la primera traducción italiana. La traducción castellana tendrá que esperar hasta 1713 y verá la luz en La Haya, en la imprenta de Adrian Moetjens, todavía en vida de Fénelon. El hecho de que esta primera versión española del *Telémaco*, de traductor desconocido, apareciera en el extranjero ha planteado muchos interrogantes y se han buscado tanto razones políticas como culturales para justificar dicha decisión, aunque tal vez la causa no fuera otra que la pujanza de las editoriales e imprentas holandesas.

Sea cual fuere la causa de su publicación fuera de España, el hecho es que dicha edición anónima no verá la luz en España hasta 1723, publicada en la imprenta madrileña de Francisco del Hierro. A esta segunda impresión de la traducción de La Haya se ha llegado incluso a atribuirle como autor un tal Francisco Medel. Pero un análisis minucioso y sistemático de las ediciones de La Haya (1713) y de Madrid (1723) nos lleva a la conclusión de que se trata de dos versiones prácticamente idénticas.

Las reimpressiones de esa edición anónima se suceden, con modificaciones más o menos explícitas, a lo largo de las décadas siguientes: 1733 (París, P. White y F. Didot); 1733 (Bruselas, Joseph La Plante); 1742, 1743, y 1756 (Amberes, De Tournes). Y con una presentación diferente (con ilustraciones y estampas), aunque con un texto prácticamente idéntico tenemos las siguientes ediciones: 1758 (Madrid, J. Ibarra); 1768 (Barcelona, T. Piferrer); 1777 (Madrid, J. Ibarra); 1780 (Amberes, De Tournes); 1780 (Barcelona, Francisco Suria y Burgada); 1787, y 1793 (Madrid, Benito Cano); 1793 (Madrid, Viuda e Hijo de Marín). Lo que dice mucho sobre la suerte de la vieja versión de 1713, a la que se sigue recurriendo incluso en algunas ediciones posteriores al siglo XVIII.

Hubo que esperar pues más de ocho décadas para que una traducción española «completamente nueva» sucediera a la traducción anónima de La Haya, publicada ininterrumpidamente, completa o en muchos casos modificada o abreviada, según los intereses y las intenciones de los editores. Fue en los últimos años del siglo XVIII cuando verá la luz la primera traducción castellana del *Telémaco* de autor conocido. Se trata de la que llevó a cabo José de Covarrubias y que se publicó con cierto éxito de librería (Madrid, 1797-1798, 2 vols.), aunque recibió fuertes críticas de Antonio de Capmany (*Comentarios con glosas críticas y joco-serias sobre la nueva traducción castellana de las aventuras de Telémaco*, Madrid, 1798). De todos modos, a pesar de ciertas debilidades e imperfecciones del texto de Covarrubias, hay que subrayar el conocimiento que este traductor parece tener del *Telémaco* así como su empatía con el texto, lo que le sitúa lejos de los traductores movidos exclusivamente por la búsqueda de beneficio económico. Sus objetivos como traductor parecen ser otros, según sus propias palabras en el prólogo de su traducción. Nos dice que su interés por el *Telémaco* venía de muchos años antes, aunque durante un tiempo había renunciado a la tarea enormemente dificultosa que suponía traducirlo, sin por ello dejar de leer y releer una obra que le parecía esencial para «educar el gusto». En cualquier caso, la traducción de Covarrubias, junto con la de Agustín García de Arrieta (Madrid, 1799, sólo un vol. de los cuatro previstos), representarían, a pesar de sus limitaciones, un paso importante en el ámbito de las ediciones castellanas del *Telémaco*. Gracias a las aportaciones de esos traductores de finales del siglo XVIII, el texto resultante en castellano sabrá reflejar los dos preceptos que, según el propio José de Covarrubias, guiaron a Fénelon en la elaboración de su libro: enseñar a los príncipes el arte de reinar y hacer felices a las naciones, y al mismo tiempo hablar con pureza y elegancia la lengua francesa, preceptos que él propio Covarrubias nos dice que trató de respetar en su traducción. Si a ello añadimos el cuidado y esmero de García de Arrieta para hacer, según su propia confesión, una traducción eminentemente poética y en buen castellano tendremos la clave de ambos textos españoles del *Telémaco*.

Esas dos traducciones de finales del siglo XVIII sirvieron para allanar el camino a otras que aparecieron a lo largo de la centuria siguiente, entre las que sobresalen por méritos propios las de Fernando Nicolás de Rebolleda (Madrid, 1803) y las dos de Mariano Antonio Collado (Valencia, 1832 y 1843). La traducción de Rebolleda tuvo numerosas reediciones, más o menos retocadas o manipuladas tanto dentro como fuera de España. Las reediciones de esta traducción se sucedieron con mayor o menor fidelidad a partir de la primera traducción madrileña de principios de siglo, pudiéndose contar unas cuarenta reediciones, hasta llegar a la de 1864, publicada en París por la Librairie Garnier (con ediciones sucesivas). Pero con anterioridad, se cuenta con reimpressiones y reediciones en el propio Madrid, así como en Barcelona, París, Burdeos y Perpiñán. No es por ello mera casualidad que sea el texto de Rebolleda el que se eligiera para la edición políglota (París, Baudry, 1837) en «les six langues les plus usitées», según indica la portada del libro: francés, con sus respectivas traducciones en inglés, alemán, italiano, alemán, español y portugués, dispuestas en seis columnas, una

para cada lengua, tres en las páginas impares (francés, inglés, alemán) y las otras tres en las páginas pares (italiano, español y portugués).

En cuanto a la traducción de Collado, publicada en 1832 en Valencia en la imprenta de José de Orga, se trata de una aportación especialmente significativa, de la que de todos modos su autor no pareció quedar satisfecho ya que once años después publicó una nueva versión, en la que introdujo no pocas modificaciones y de ahí que pueda considerarse, hasta cierto punto, una traducción diferente. Pero, tras la traducción de Collado, las ediciones españolas de las *Aventuras de Telémaco* continuaron a lo largo del siglo XIX y XX. Entre las traducciones más cercanas en el tiempo hay que destacar una edición barcelonesa de 1954 (traducción de Manuel Sacristán), otra más reciente de 1985 (traducción de R. Pin de Latour) y una edición mexicana de 1998 (México, Porrúa), que utiliza el antiguo texto anónimo del siglo XVIII pero con las variantes de la edición de París de 1733. Sin olvidar una traducción al euskera de 1988 (reeditada en 1998), adaptada de la que realizó Jean-Pierre Duvoisin en 1833 y que había permanecido inédita durante más de ciento cincuenta años.

Tampoco han faltado traducciones españolas de otras obras de Fénelon –aunque en mucha menor proporción que las del *Telémaco*–, sobre todo del *Traité de l'éducation des filles*, con varias versiones castellanas en las primeras décadas del siglo XX, entre las que hay que señalar una edición en catalán (Barcelona, 1927). También contamos con una traducción reciente de las *Fables* (Barcelona, 1997). En cuanto a traducciones de obras como los *Dialogues des morts*, la *Lettre à l'Académie* o las de contenido teológico, suelen ser escasas y casi todas anteriores al siglo XX.

Respecto a la traducción que nos ocupa, hay que decir que, en cierto modo, se sitúa en la misma línea de la de Rebolleda, a pesar de las críticas que vierte Collado también contra éste en el prólogo de su primera traducción de 1832. En efecto, se muestra especialmente crítico con las traducciones anteriores a la suya, aunque sus dardos más certeros apuntan contra la que él llama la «primera traducción del *Telémaco* que vio la luz pública», que no es otra que la de José de Covarrubias, queriendo indicar con ello que es la primera de autor conocido. Collado arremete contra el texto de Covarrubias, aprovechando sin duda el aval que suponía la crítica implacable que había vertido en su día contra él Antonio de Capmany. Y se explaya al respecto, recurriendo a algunos de los ejemplos que ya había señalado Capmany, para acabar soltando esta andanada directa:

Allí [en el opúsculo de Capmany contra la traducción de Covarrubias] se verán los errores que comprende, no solamente en la dicción poca culta y mal gusto de la frase, sino en la inexactitud de la versión de gran número de palabras. ¿Cómo podrá servir de modelo a los que deseen aprender la lengua francesa, una obra en que se traduce *blasfemar lo que otro hace*, por (*blâmer*) vituperar? ¿Qué pureza de estilo puede esperarse del que dice a los príncipes *gastados* por corrompidos (*gâtés*), *gula* a la boca del lobo (*gueule*), *marrar la experiencia* por (*manquer*) faltar; y por último, *no es mas el que ayer abracé* por (*il n'est plus*) ya no existe? Tales defectos distan demasiado de la perfección para que puedan disimularse. Pero todavía contienen otros muchos, que podrán verse en el comentario de

Capmany, el cual no es posible dejemos de recomendar a los que aspiran a traducir con perfección; porque no solamente establece reglas de exactitud, sino de pureza y buen gusto en la elocución castellana. (Collado 1832: II)

Pero estas críticas especialmente acerbas de Collado salpicarían también a otros traductores posteriores a Covarrubias como Arrieta y Rebolleda. Nos dice que sus traducciones no están tampoco exentas de errores y, sobre todo, a su parecer, desmerecen el mérito del original francés; lo que impide que el lector que se ve obligado a leer en castellano el *Telémaco* por desconocer la lengua francesa, se encuentre con versiones que están lejos de poner a su alcance «el fuego y la gallardía con que describe Fénelon». A lo largo de esa introducción de la edición de 1832 Collado reitera sus críticas más o menos generalizadas contra los traductores de la obra, pero sin citar a nadie de manera directa. De todos modos, lo que interesa subrayar es el interés de este prólogo de la edición de 1832 que desapareció de la de 1843. En cualquier caso tanto en la primera edición como en la segunda interesa subrayar un aspecto que va a servir de guía a la traducción de Collado y que queda patente en las presentaciones de las dos ediciones (la de 1832 y la de 1843). Nuestro traductor plantea de manera nítida uno de los aspectos más interesantes del libro de Fénelon, es decir, su utilización con fines didácticos para la enseñanza de la lengua francesa a españoles. De este modo, en las primeras líneas de la introducción a la edición de 1832 nos dice:

Cualquiera que sea el mérito de la obra cuya traducción ofrecemos al público, es un hecho constante que los maestros de la lengua francesa la destinan sin duda por la pureza del estilo, a la enseñanza de sus discípulos que empiezan a traducir por ella. Esta consideración hace más necesaria una traducción, que conserve la belleza de las imágenes trasladando con la posible exactitud las palabras; pero apartándose de la colocación material de ellas para no corromper la buena locución castellana.

Pero más tarde en la introducción de 1843, Collado, sin cuestionar los valores del texto de Fénelon desde el punto de vista pedagógico y didáctico, parece decantarse por subrayar sobre todo su «calidad literaria», buscando en su traducción la manera de que el texto castellano no desmerezca respecto al original francés. En cualquier caso lo que nos interesa desvelar es si la edición de 1843 mejora la que le había precedido y, sobre todo, si realmente se trata de otra versión como parece indicar Collado en la nota previa a su «nueva traducción», tras agradecer el éxito de la primera, ya que, según nos dice, «el público ilustrado supo apreciar [su] trabajo consumiendo la primera edición». En dicha nota el traductor, sin renegar de su traducción de 1832, insiste en que ha intentado mejorarla. Y aprovecha para criticar una vez más las traducciones anteriores que, a su parecer, no han hecho más que corromper el original francés y de paso «han afeado [la lengua española] por medio de una locución defectuosa adulterando sus modismos propios [...], a más de hacer desagradable la lectura», a través de frases que él considera ininteligibles. En cualquier caso, Collado parece obsesionado por lo que él considera un abuso de la traducción literal e intenta por ello desmarcarse de sus

predecesores. Cotejando ambas traducciones, la de 1832 (en la que el texto castellano aparece junto al francés) y la 1843, vemos que introdujo no pocas modificaciones, como si el hecho de prescindir del original le hubiera permitido una mayor libertad, intentando zafarse de la rigidez que podía suponer la presencia continua del texto francés.

El propio traductor nos expone las razones últimas de su trabajo en la breve nota de la edición de 1843: frente a las intenciones eminentemente prácticas y pedagógicas de la edición de 1832, cuyo objetivo último habría sido la de facilitar la lectura a los que no conocían la lengua francesa y ayudar de alguna manera a los que deseaban aprenderla –de ahí que se tratara de una edición bilingüe, pues así en todo momento se podía recurrir y comparar con el original francés–, nos encontramos en la nueva edición con un texto que va dirigido a un público esencialmente ilustrado que conoce ambas lenguas y que busca la excelencia literaria. Pues le parecía a Collado que faltaba una edición castellana del *Telémaco* que estuviera a la altura de las grandes obras literarias y que no desmereciera del original. Por ello, se esmeró en la presentación formal del texto que aparece acompañado de bellas ilustraciones y, tal vez para subrayar su valor literario, precedido de una amplia introducción sobre la vida y obra de Fénelon, especialmente sobre el *Telémaco*.

Prácticamente de un plumazo nuestro traductor presenta una enmienda a la totalidad a todas las traducciones precedentes, incluida la de Rebolleda. Para conseguir su objetivo Collado presume de haber consultado diferentes traducciones del *Telémaco* a otras lenguas extranjeras como el inglés o el italiano y de haber recabado el parecer «de personas instruidas y conocidas por su alto concepto literario». Pero no se puede admitir sin más que Collado –una persona que por su trayectoria vital tiene mucho de esos polígrafos tan propios de la época– haya alcanzado plenamente sus objetivos y que sean ciertas, sin reparos, las palabras especialmente contundentes con la que concluye su nota introductoria de la edición de 1843, tras haber admitido que en modo alguno pretende haber traducido bien: «no por ello creo haber hecho otra cosa que mejorar las anteriores, las cuales juzgo no pueden compararse en nada con el presente fruto de mis tareas».

Sin intentar desmerecer la valía de una traducción que representa un paso muy importante en la larga historia del *Telémaco* en España, no nos parece del todo ecuaníme la posición de Collado respecto a los traductores que le han precedido. Pues si es cierto que menudean las imprecisiones y los errores en muchas de las traducciones castellanas del libro de Fénelon, tampoco se puede decir que el propio Collado se libre de ellos, como se pone de manifiesto cuando se realiza un estudio pormenorizado de su(s) texto(s). En realidad cotejando cuidadosamente ambas traducciones, la de 1832 y la de 1843, no encontramos tan grandes diferencias como el traductor parece sugerir, aunque es cierto que en la segunda versión se preocupa por pulir ciertos aspectos y corregir detalles que en última instancia intentan mejorar la calidad del texto castellano. De ahí que, por ejemplo, se esmere en colocar debidamente la preposición *a* que requiere el castellano ante el complemento directo de persona, que de forma precipitada había omitido siguiendo miméticamente el original francés; lo que dice

mucho a favor de Collado, pues muestra que releyó con detenimiento su primera versión e intentó corregirla debidamente. En cualquier caso es evidente que el texto castellano de la edición de 1843 se nos presenta mucho más cuidado, destacando más por la preocupación del traductor por el estilo que por la fidelidad continua al texto original que dominaba en la traducción de 1832. De todos modos no son tantas las diferencias entre ambos textos por mucho que su autor insista en ello. A nuestro parecer, no hizo una nueva traducción como pretende hacernos creer, sino que se limitó a corregir lo que consideró que era más lesivo para su texto, tanto desde el punto lingüístico como estilístico. De ahí que ciertas decisiones que ya parecían discutibles en la primera versión se mantuvieran en la segunda, porque con toda probabilidad el traductor juzgó que no iban en detrimento del texto castellano e incluso, al contrario, que lo mejoraban. Es el caso de la traducción de la palabra francesa *malheurs* que en ambos textos aparece traducida por «aventuras» en un pasaje del libro I, probablemente porque en la línea anterior de su texto Collado había optado por traducir *aventures* por «sucesos» y quiso evitar la repetición. Pero no podemos por menos que preguntarnos por qué no se atuvo en este caso a traducir *aventures* por la correspondiente palabra española y dejar el campo libre para poder traducir *malheurs* por el vocablo castellano más conveniente. A veces, se tiene la impresión que la insistencia de Collado en evitar en exceso la traducción literal lo conduce a decisiones problemáticas, sobre todo en la edición de 1843 cuando no se vio condicionado por la presencia constante del original francés. No obstante, hay que admitir que más allá del tono excesivamente suficiente de Collado respecto a su traducción, ésta representa un paso definitivo en el conjunto de las traducciones españolas del *Telémaco*, aunque, todo hay que decirlo, jugando con la ventaja de tener como referencia las versiones anteriores a la suya. Probablemente, sin ese trabajo pionero de otros traductores (especialmente de Rebolleda), la tarea de Collado hubiera resultado más dificultosa y no sabemos si los resultados hubiera sido los mismos.

Es de sobra conocido el interés que despertó el *Telémaco* entre los lectores españoles, a lo largo del siglo XVIII, un interés que se mantendría sobradamente en la centuria siguiente, lo que supuso que fuera la obra con mayor presencia en las bibliotecas particulares madrileñas en el segundo tercio del siglo XIX, junto con el *Quijote* y *Las aventuras de Gil Blas de Santillana*. En cuanto a la traducción de Mariano Antonio Collado, se cuenta como mínimo con una reedición de la edición de 1832 que aparece también en Valencia, en la imprenta de José de Orga en 1852, y otra de la edición de 1843, que se reedita igualmente en Valencia, por Casiano Mariana en 1873. Esas traducciones, independientemente de lo que su autor pensara al respecto, debieron disfrutar de gran éxito, ya que se encuentran ejemplares de ambas en un gran número de bibliotecas españolas. Hemos hallado ejemplares de las cuatro ediciones, además de en la Biblioteca Nacional de España, en la Biblioteca de Catalunya, en la de la Universidad de Barcelona y en la de la Universidad de Valencia, pero nos consta que existen bastantes más en diferentes bibliotecas españolas. Es una muestra más de la importancia de las dos traducciones de Collado, que si es cierto que no llegaron tener la difusión de la de Rebolleda, sobre todo fuera de España, no le van a la zaga en lo que se

refiere a la calidad de los textos y en algunos aspectos incluso la superan. Hasta nos atreveríamos a decir que la versión de Collado de 1843 es, sin duda, la de mayor enjundia literaria de todas las traducciones castellanas del *Telémaco*, a pesar de ciertas imprecisiones y omisiones, e incluso de alguna torpeza puntual.

BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín. 1991. *La novela del siglo XVIII*, Madrid, Júcar.
- ARAGÓN FERNÁNDEZ, M^a Aurora. 1991. «Una teoría de la traducción en el siglo XVIII: Covarrubias» en M^a Luisa Donaire & Francisco Lafarga (eds.), *Traducción y adaptación cultural: España-Francia*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 531-539.
- CAPMANY, Antonio de. 1798. *Comentarios con glosas críticas y joco-serias sobre la nueva traducción castellana de las aventuras de Telémaco*, Madrid, Sancha.
- FÉNELON. 1983. *Les aventures de Télémaque, Œuvres*. Ed. de J. Le Brun, París, Gallimard, II («Bibliothèque de La Pléiade»).
- GARCÍA BASCUÑANA, Juan. 2003. «Télémaque en Espagne (1699-1799): réception, traduction, malentendus», *Documents pour l'histoire du français langue étrangère ou seconde* 31, 89-101 (n^o monográfico, Nadia Minerva (dir.), «Les aventures de Télémaque». *Trois siècles d'enseignement du français*).
- GARCÍA BASCUÑANA, Juan. 2009. «Fénelon» en Francisco Lafarga & Luis Pegenaute (eds.), *Diccionario histórico de la traducción en España*, Madrid, Gredos, 375-376.
- GIL FERNÁNDEZ, Luis. 1997 [1981]. *Panorama social del humanismo español (1500-1800)*, Madrid, Tecnos.
- HERNÁNDEZ SERNA, Joaquín & Carmen VERA PÉREZ. 2006. «Les Aventures de Télémaque de Fénelon, en España», *Estudios románicos* 15, 41-70.
- JUAN OLIVA, Ester. 2003. «Les professeurs-traducteurs du XIXe siècle ou Télémaque revisité», *Documents pour l'histoire du français langue étrangère ou seconde* 31, 153-165 (n^o monográfico, Nadia Minerva (dir.), «Les aventures de Télémaque». *Trois siècles d'enseignement du français*).
- LÉPINETTE, Brigitte. 1994. «Las traducciones españolas de un texto europeo: el *Télémaque* (1699) de Fénelon y su recepción en España», *Quaderns de Filologia. Estudis lingüístics* 1, 63-82.
- LÉPINETTE, Brigitte. 2003. «Heureux ceux qui s'instruisent en se divertissant! (*Télémaque*, livr. 12) à propos de *Télémaque* en Espagne (fin XVIIIe-début XIXe siècle)», *Documents pour l'histoire du français langue étrangère ou seconde* 31, 102-116 (n^o monográfico, Nadia Minerva (dir.), «Les aventures de Télémaque». *Trois siècles d'enseignement du français*).
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. 1994 [1882-1891]. *Historia de las ideas estéticas en España*, Madrid, CSIC, II.
- MINERVA, Nadia (dir.). 2003. «Les Aventures de Télémaque». *Trois siècles d'enseignement du français*, n^o monográfico de *Documents pour l'histoire du français langue étrangère ou seconde*, 30-31.
- RUIZ CASANOVA, José Francisco. 2000. *Aproximación a una historia de la traducción en España*, Madrid, Cátedra.

- VERA PÉREZ, Carmen. 2002. *Estudio comparativo de las traducciones al español de «Les aventures de Télémaque» de Fénelon*, Facultad de Letras de la Universidad de Murcia (tesis doctoral inédita).
- VERA PÉREZ, Carmen. 2003. «À propos des *Aventures de Télémaque* de Fénelon», *Documents pour l'histoire du français langue étrangère ou seconde* 31, 166-177 (nº monográfico, Nadia Minerva (dir.), «*Les aventures de Télémaque*». *Trois siècles d'enseignement du français*).
- VIÑA MOLLEDA, M^a Elena de la & Eugenia FERNÁNDEZ FRAILE. 2003. «*Les Aventures du Télémaque* dans l'enseignement du français langue étrangère en Espagne», *Documents pour l'histoire du français langue étrangère ou seconde* 31, 117-132 (nº monográfico, Nadia Minerva (dir.), «*Les aventures de Télémaque*». *Trois siècles d'enseignement du français*).